SECCION TERCERA.

Belleza de Nuestro Señor Jesu-Cristo como hombre mortal.

I. Lo que se necesita para una belleza perfecta.—.II Belleza del cuerpo de Nuestro Señor.—III. Belleza de Nuestro Señor en sus acciones.—IV. Belleza de Nuestro Señor en su palabra.—V. Respuesta á una objeción.

Nuestro Señor Jesu-Cristo, como hombre mortal, tenía los tres géneros de bellezas de que acabamos de hablar; la belleza divina, la belleza del alma y la belleza del cuerpo. En cuanto á la belleza divina y á la del alma, las tenía en el mismo grado sobre la tierra en que ahora las tiene en el cielo, no estando la belleza divina sujeta á cambio, y habiendo poseido su alma santísima desde el instante de su creación toda la belleza de que goza, al presente. En cuanto á la belleza corporal, no la tenía en el mismo grado porque su cuerpo sagrado, no era aún glorioso; no dejaba sin embargo de tenerla en un grado eminente.

I. Se necesitan tres cosas para hacer á un hombre de una belleza perfecta: la belleza del cuerpo, la gracia en las acciones, el don de la palabra.

La belleza del cuerpo, como lo hemos dicho ya, consiste en la exacta proporción de todas las partes, en la vivacidad y brillo del color; la gracia en las acciones es también una proporción exacta en las acciones, es decir, una cierta conveniencia y una cierta mesura observada en todo lo que se hace: así, vemos personas que cualquier cosa que digan ó hagan, que estén sentadas ó en pie, que anden, que vean, que tomen ó den alguna cosa, lo dicen y lo hacen con tanta gracia, con tanta exactitud y propiedad y buen modo, que encantan á todo el mundo. Los latinos llaman á esta belleza particular de las acciones *decorum*, hermoso; los franceses la llaman comunmente agradabilidad porque ella hace á una persona muy agradable, y hasta tal punto que, sin ella, toda la belleza del cuerpo no tiene efecto porque, cualquiera que sea la belleza de que está dotada una criatura, si tiene modales bruscos y groseros, si obra y habla de uña manera desagradable, su belleza parecerá disminuida y llegará á ser casi nula; mientras que el buen modo, aun cuando no esté acompañado de la belleza, realza de tal modo el porte y los hechos de un hombre, que da lustre á todas sus acciones, atrae sobre sí las miradas y causa admiración á todos. ¡Cuántas personas, con un vestido simple y corriente, agradarán más que otras cubiertas de oro y seda! La belleza de la palabra, si puedo decir así, consiste en la dulzura de la voz, en la gracia de bien decir, ó la elocuencia, que es absolutamente necesaria á la belleza del cuerpo y á la agradabilidad en las acciones para hacerlas perfectas y atrayentes; porque, puesto que tenemos continua-

mente necesidad de la lengua y de las palabras para manifestar nuestros pensamientos y nuestros afectos, si la lengua no llena este oficio convenientemente, si las palabras no son agradables, esas bellezas mudas perderán una gran parte de su poder. Estas tres cosas son por tanto absolutamenre necesarias para hacer una belleza humana perfectamente acabada; vamos á ver que Jesu-Cristo las poseía todas en su estado mismo de hombre mortal.

II. Nuestro Señor estaba dotado de la belleza del cuerpo; tenía el cuerpo más puro que hubo jamás, puesto que estaba formado de la sangre virginal de la Reina de las vírgenes, unido á la pureza infinita de Dios mismo, organizado, no por la naturaleza, como los demás cuerpos, sino por el Espíritu Santo mismo, que lo había formado de una manera mucho más perfecta cual no pudiera haberlo hecho la naturaleza. Y como este cuerpo debía ser el primero de todos los cuerpos humanos en dignidad, lo hizo primero en belleza; no con una belleza falta de vigor y afeminada, sino con una belleza llena de grandeza y majestad, y tal cual convenía á la divina persona de Nuestro Señor, y al gran designio por el cual había tomado este cuerpo. Por esto el profeta David invitaba á todas las naciones para alabarlo y darse á él. *La gloria y la belleza están en su presencia; la santidad y la magnificencia están en su santuario;* por consiguiente él es digno de vuestro amor y de vuestra admiración. Por esto, *pueblos*, apresuraos, *rendid al Señor, familia de las naciones, rendid al Señor la gloria y el honor, rendid al Señor la gloria que es debida á su nombre*, venid á traerle

el homenaje de vuestros corazones. (1) El mismo profeta se explica más claramente, por decirlo así en este texto tan conocido, al cual la paráfrasis caldea da todavía más fuerza: Sois el más bello de entre los hijos de los hombres, la gracia está esparcida sobre vuestros labios, porque el Señor os ha bendecido por la eternidad. (2) Acerca de este lugar dice San Gerónimo: El hijo de una virgen, este primer manantial de la virginidad, este Señor que no había nacido por voluntad de hombres, sino por operación de Dios, debía ser el más bello de los hijos de los hombres; en efecto, si no hubiera tenido sobre su rostro y en sus ojos algo de celeste y divino, jamás lo hubieran seguido los Apóstoles á su primera palabra, y los soldados que fueron á prenderlo no hubieran quedado deslumbrados y derribados de espaldas al suelo. (3) San Crisóstomo cita el mismo texto y nos enseña que la belleza y la majestad de Jesu-Cristo eran tan grandes, que muchos, prendados de su amor, se adherían á él, lo seguían por todas partes, y deseaban no separarse nunca de él. (4) La belleza de su rostro era tan majestuosa, el brillo de sus ojos,

1 Confessio et pulchritudo in conspectu ejus: sanctimonia et magnificentia in sanctificacione ejus. Ps. XCV, 6. Genebr., ibid. Afferte Domino patriæ gentium, afferte Domino gloriam et honorem: afferte Domino gloriam nomini ejus. Ibid. 7.

2 Speciosus formâ præ filiis hominum. Ps. XLIV, 3. Pulchritudo tua, ó rex Christi! præstantior est filiorum hominum. Paraph. Chald. ibid.

3 Universis pulchrior est virgo de Virgine, qui non ex voluntate viri, sed ex Deo natus est: nisi enim habuisset, et in vultu quid dam oculisque sidereum, nunquâm eum statím secuti fuisent Apostoli, nec qui ad comprehendendum eum venerant, corruissent. S. Hier. ep. CXL, ad Principiam Virginen.

4 Hom. 28. in Math.

tenía tanta dulzura y tanta fuerza, que los que la conocían, y que no estaban cegados por la envidia, eran penetrados de respeto, de amor y de veneración, y le rendían honores que Alejandro el grande, á pesar de su poder, jamás pudo obtener de los griegos. Y aun cuando era todavía niño pequeñito, estaba dotado de una belleza tan grande y tan extraordinaria, que las personas afligidas, para disipar sus pesares, y aun todos, se decían unos á otros: Vamos á ver al hijo de María.

III. El se hacía amable en todas sus acciones, en reposo ó en movimiento, consolando á los afligidos, acariciando á los párvulos, perdonando los pecados, curando á los enfermos ó haciendo otros milagros; todas estas acciones, cualesquiera que fuesen, eran hechas con una gracia singular. Es indudable que él conocía perfectamente hasta dónde debe llegar el bien parecer, de qué manera debía componer y medir sus modales, sus movimientos, toda la economía de sus acciones, aun las más pequeñas, para hacerlas todas en la exactitud y precisión convenientes; es bien cierto también que se servía de este conocimiento para perfeccionar sus acciones y hacerlas agradables, á fin de tener una entrada más fácil en los espíritus y en los corazones, para ganarlos para su Padre, y para servirnos también de modelo y enseñarnos á arreglar así todas nuestras acciones exteriores. La esposa de los Cánticos lo había anunciado mucho tiempo antes, dirigiendo á su divino esposo estas palabras, que encierran el elogio de su belleza corporal, y de su graciosidad en las acciones: *¡Qué grande es la belleza de vuestro cuerpo sagrado, oh mi muy amado, y con qué admirable gracia haceis*

todas vuestras acciones (1) David había dicho también: *Se ha revestido del esplendor y del agrado como de un vestido*; (2) y esto es también lo que los judíos, que tuvieron la felicidad de verlo y de conversar con él, notaban en toda su persona; porque, según la advertencia de San Lucas, *todo el pueblo se alegraba al ver con qué nobleza*, y grandeza llena de gracia *hacía todas sus acciones*; (3) por esto le rendía este testimonio glorioso: *Ha hecho bien todas las cosas.* (4)

IV. Nuestro Señor estaba dotado del don de la palabra en el grado más alto; porque, sea que él hablara, en público ó en particular, que instruyera, que consolara, que reprendiera, que preguntase, que respondiese, sus palabras estaban llenas de tanta gracia y eficacia, que iluminaban los espíritus más ignorantes y más groseros, enternecían los corazones más duros, calentaban los más helados, llenaban de amor á los más insensibles, hacían nacer una dulce confianza en los corazones más desesperados, rompían los designios, cambiaban las voluntades, llenaban de dulzura á aquellos que estaban inflamados de cólera, reconciliaban á los enemigos, sometían á los más rebeldes, en fin, obraban sobre los hombres los efectos más maravillosos. Y ciertamente! nada hay en esto de muy admirable, puesto que, siendo el Verbo, era la palabra de Dios, la sabiduría increada. Esto es lo que ha hecho decir á San Pablo: *La palabra de*

1 Ecce tu pulcher es, dilecte mi, et decorus. Cant., I, 15.
2 Decorem indutus est. Ps. XCII, 1.
3 Omnis populus gaudebat in universis quae gloriosè fiebant ab es. S. Luc. XIII, 17.
4 Bene omnia fecit. Marc, VII, 37.

Dios es viva y eficaz; es más penetrante que una espada de dos filos, penetra hasta en los pliegues más escondidos del alma y del espíritu, pone en claro todos los pensamientos y todos los movimientos de los corazones. (1) David también, después de haber dicho que Nuestro Señor era el más hermoso de los hijos de los hombres, no deja de añadir: *La elocuencia y la gracia están esparcidas sobre sus labios.* (2) *Todas las palabras que salen de su boca*, dice la Esposa, *son como perfumes preciosos*, que llenan de alegría á aquellos que las escuchan con un corazón bien dispuesto. (3) Muy pronto después, atraida por el encanto de esta voz divina, exclama: *Su lengua está llena de suavidad y de delicias; torrentes de dulzura salen de su boca.* (4) Los judíos experimentaron durante tres años los efectos de su palabra llena de dulzura y fuerza, porque, según se refiere por los evangelistas, *los pueblos estaban llenos de admiración y de sorpresa viendo la fuerza de su palabra.* (5) Todos ellos admiraban la gracia indescriptible con que acompañaba todos sus discursos, y atraidos por el encanto de sus palabras, iban muy de madrugada al templo para poder oirlo; y cuando Nuestro Señor esparcía los torrentes de su divina elocuencia, y ellos sentían sus almas arrebatadas y transportadas, exclamaban todos fuera de sí: Jamás hombre alguno ha hablado con tanta gracia, tanta dulzura, tanta fuerza y tanta perfección como habla este hombre. (1) Su elocuencia, como una fuerte cadena, los tenía ligados y adheridos á él con tal unión, que olvidaban sus casas, sus familias, aun las cosas más necesarias á la vida, para seguirle hasta en los desiertos.

1 Vivus est enim sermo Dei et efficax, et penetrabilior omni gladio ancipiti, et pertingens usque ad divisionem animae ac spiritas, compagum quoque ac medullarum. Hebr., IV. 12.
2 Diffusa est gratia in labiis tuis. Ps. XLIV, 3.
3 Labia ejus, lilia distillantia myrrhan primam. Cant, V, 13.
4 Guttur illius suavissimum. Cant. V. 16.-Guttur illius dulcedines. Sept.
5 Admirabantur tarbae super doctrina ejus. Matth., VII, 18.

Esta divina elocuencia de Jesu-Cristo, unida á la belleza de su cuerpo y á la gracia que acompañaba todas sus acciones, lo hacía, conforme á la profecía de David, el más hermoso de los hijos de los hombres. El casto José, y Moisés el legislador del pueblo de Dios, habían sido en esto, como en otras muchas cosas, las figuras de Nuestro Señor. La Escritura refiere del patriarca José, que era de una tan gran belleza, que los hijos é hijas del Egipto salían de sus casas y corrían á los lugares por donde debía pasar, para gozar del espectáculo arrebatador de su extrema belleza y del encanto inespresable difundido sobre su persona, y que no podían dejar de manifestar altamente su admiración. (2) Josefo el historiador, cuenta que Moisés (3) siendo todavía un niño, estaba dotado de una belleza tan grande, y de tantas gracias, que atraía

1 Omnes testimonium illi dabant, et mirabantur in verbis gratiæ, quae procedebant de ore ipsius. Luc. IV, 22.--Omnis enim populus suspensus erat audiens illum. Luc. XIX. 48.--Erat autem diebus docens in templo..... Et omnis populus manicabat ad eum in templo, audire eum, Luc. XXI, 37.--Nunquàm sic locutus est homo, sicut hic homo. Joan., VII. 46.
2 Joseph..... Decorus aspectu: filiae discurrerunt super murum. Genes., XLIX, 22.
3 Lib. 1°, Antiq. cap. V.

las miradas de todos, y nadie había, cualquiera que fuera la tristeza y el abatimiento que sintiera en su corazón, que no se sintiera aliviado y reanimado mirándolo; cuando lo llevaban por las calles de la ciudad, todos dejaban sus ocupaciones y salían de sus casas para admirar este bello niño, y seguirlo con los ojos cuanto les era posible. Ved aquí, sin duda, grandes ejemplos de belleza, y sin embargo, esto no era sino la sombra y figura de la belleza de Nuestro Señor.

V. Yo sé que, algunos para sostener un sentimiento contrario no dejan de apoyarse sobre este texto de Isaías: *No hay en él gracia ni belleza, lo hemos visto, sus ojos estaban apagados, su rostro lívido y ceniciento;* estaba en un estado tan asombroso que, *nos ha parecido un leproso.* (1) Mas respondemos con San Gerónimo: "la solución de esta dificultad es fácil, estas palabras se entienden de la pasión y muerte de Nuestro Señor; no tenía ni gracia ni belleza cuando estaba clavado en la cruz, cuando estaba cargado de nuestras iniquidades para atraer sobre sí todos los rigores de la justicia divina." (2) Y se puede decir también que en este estado no estaba sin belleza; escuchemos lo que decía San Agustín: "Nada hay de más bello en el mundo que este esposo. Aun cuando haya parecido sin forma y sin belleza entre las manos de sus verdugos, y que Isaías haya dicho de él: *Lo hemos visto, y no tenía gracia ni belleza,*

1 Nont est species ei, neque decor: et vidimus eum, et non erat aspectus..... Nos putavimus eum quasi leprosum. Isai. LIII 2.

2 Facile solvitur, despectus erat et ignóbilis, quando pendebat in cruce, et factus pro nobis maledictum peccata nostra portabat. S. Hier., in illum locum Isaiæ.

¿debemos concluir de estas palabras que nada le quedara de su incomparable belleza? No lo permita Dios! y ¿como tantas vírgenes hubieran abandonado á todos los esposos de la tierra, para unirse únicamente al Esposo divino de nuestros corazones y no amar sino á él? ¡Ah! si ha parecido sin belleza, esto era sólo á los ojos de sus enemigos:" (1) pero sus verdaderos amigos nunca lo han encontrado más bello, y más agradable, como cuando se ha cargado de todas las humillaciones y de todos los oprobios para purificarlos, ennoblecerlos y salvarlos. "Señor mío y Dios mío, exclama San Bernardo, jamás ha parecido vuestra ternura más grande, vuestro amor más ardiente, y vuestra gracia coronada de una luz más brillante, como cuando os habeis dignado humillaros, anonadaros y ocultar los rayos brillantes de esa luz natural de que estais revestido." (2) "Que la belleza de Nuestro Señor se haya manifestado en todo su esplendor aun durante el curso de su pasión, esto es lo que declara San Agustín, explicando el pasaje del salmo XLIV que hemos citado:" Que este esposo divino aparezca enmedio de nosotros á fin de que le demos todo á nuestro corazón; si sin embargo encontramos alguna mancha en él

1 Sponsus est ille, quo nihil est pulchrius, qui quasi fœdus apparuit inter manus persequentium, de quo decibat Isaias: Et vidimus eum, et non habebat speciem, neque decorem. Ergo Sponsus noster fœdus est? Absit: quomodo enim illum virgines amarent, quœ in terrâ maritos non quœsierunt? Ergo persequentibus fœdus apparuit. Aug. in. Po. CXXVII.

2 Ubi etenim te, Domine, exinanivistí, ubi naturalibus radüs lumen indefieiens exuisti: ibi pietas magis emicuit, ibi charitas, plus affulsit, ibi ampliùs gratia radiabit. S. Bern., Serm. 45, in Cant.

consiento en que le rehusemos nuestro amor. ¿Pudiéramos rehusárselo porque se ha dignado revestirse de nuestra naturaleza, tomar nuestra pobreza, todas nuestras debilidades y nuestras miserias, porque la belleza de su rostro ha sido borrada, y los rayos de su luz divina, se han obscurecido por los dolores crueles y los humillantes ultrajes de la pasión y de la muerte que sufrió sobre la cruz? ¡Ah! jamás apareció más bello, porque jamás su misericordia se ha mostrado con más esplendor. *No permita Dios, dice uno de los amigos del Esposo, que yo me gloríe en otra cosa que en la cruz de Jesucristo.* Y nosotros también, iluminados con el don de la fe, seremos atraídos por todas partes, en su seguimiento, por sus atractivos divinos.

El es bello en su divinidad y cuando reposa en el seno de su Padre, bello en el seno de María su madre; en donde sin perder su divinidad, se dignó revestirse de su humanidad; bello en su infancia santa, cuando los cielos anunciaban su gloria, cuando los ángeles cantaban sus alabanzas, cuando la estrella guiaba á los Magos hacia el establo, cuando era adorado en el pesebre.(1) En con-

1 Ecce sponsus procedat nobis, amemus illum, aut si invenerimus in eo aliquid foedi, non amemus. Quia et hoc ipsum quod car ne indutus est ut de illo etíam diceretur: Vidimus eum, et non habebat speciem ne que decorem: si consideres misericordiam qua factus est; et ibi pulcher est. Mihí autem absit gloriari, dixit unum amicorum Sponsi, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi. Gal., VI, 1. Nobis ergo credentibus ubique, Sponsus pulcher ocurrat, puleher Deus, verbum apud Deum, pulcher in utero Virginis ubi non amisit divinitatem, et sumpsit humanitatem. Pulcher natus infans Verbum, quia cum esset infans, coeli locu ti sunt, angeli laudes dixerunt, Magos stella direxit, adoratus est in prosepio Aug., in Ps. XLIV.

secuencia es bello en el cielo, continúa San Agustín, bello sobre la tierra, bello en el seno de su Madre, bello reposando en sus brazos, bello en sus milagros, bello enmedio de los tormentos, bello llamándonos á la vida y á la felicidad, bello despreciando la muerte, bello entregando su alma, bello volviéndola á tomar por la fuerza de su poder, bello clavado en el árbol de la cruz, bello en el sepulcro. Escuchad este cántico, y que la debilidad aparente de Jesu-Cristo no aparte vuestros ojos del esplendor de su belleza. En donde está la justicia, allí está la verdadera belleza. Y bien! si podeis encontrar en él alguna injusticia ó pecado, dejad de encontrarlo bello, consiento en ello; mas oh mi Maestro divino, ¿acaso no sois en todo soberanamente justo? por tanto en todo sois soberanamente bello." (2)

2 Pulcher ergo in coelo, pulcher in terrâ, pulcher in utero, pulcher in manibus parentum, pulcher in miraculis, pulcher in flagellis, pùlcher invitans ad vitam, pulcher non curans mortem pulcher deponens animam, pulcher recìpiens, pulcher in lìgno, pulcher in sepulchro. Audite canticum, neque oculos vestros à splendore pulchritudines illius avertat carnis infirmitas. Summa et vera pulchritudo, justitia est. Ibi illum non videbis pulchrum, ubi deprehendis injustum, si ubique justus, ubique decorus. S. Aug., in Ps XLIV.